



Una comunicación para salir del desarrollo

*Erick R. Torrico Villanueva**

Resumen

La vinculación entre comunicación y desarrollo tiene como sustrato el proyecto histórico de la modernidad y desde sus inicios expresó la jerarquización capitalista de las relaciones entre países considerados avanzados o atrasados. Pero, además, implicó una concepción instrumental de los procesos comunicacionales. El “Occidente” –Europa y los Estados Unidos de Norteamérica, sucesivamente– fue asumido como referente civilizatorio universal. En los años 60 Latinoamérica criticó las teorías de la modernización y la difusión de innovaciones. Más tarde “Occidente” revitalizó su noción eurocentrista del desarrollo con objetivos políticos y límites prácticos que son cada vez más evidentes. Hoy resulta necesario abandonar esa noción y sustituir la “comunicación para el desarrollo” por una “comunicación para salir del desarrollo”.

Palabras clave: Comunicación, desarrollo, eurocentrismo, des-occidentalización.

Recibido: Junio 2013 • Aceptado: Septiembre 2013

* Coordinador académico de la maestría en Comunicación Estratégica de la Universidad Andina Simón Bolívar. etorrico@uasb.edu.bo, etorrico@unirbolivia.org

Communication to Leave Development

Abstract

The connection between communication and development has the historical project of modernity as its substratum. Since its beginnings, it expressed the capitalist hierarchy of relations between countries considered advanced or undeveloped. Furthermore, it implied an instrumental concept of the communication processes. The “Occident” –Europe and the United States, successively– was accepted as the universal civilizing referent. In the sixties, Latin America criticized theories of modernization and the diffusion of innovations. Later, the Occident revitalized its Eurocentric notion of development with political objectives and practical limits that are increasingly more evident. Today, it is necessary to depart from this notion and replace “communication for development” with “communication to leave development.”

Keywords: Communication, development, Eurocentric, de-westernizing.

Hace ya 64 años que la idea del desarrollo funge como noción rectora de políticas estatales e interestatales en el planeta y otros 51 años que la comunicación aparece vinculada a ella.

En el primer caso, el referente histórico es el discurso del presidente estadounidense Harry Truman que, al posesionarse en enero de 1949, expresó su preocupación por la situación de miseria en que se encontraba más de media humanidad y declaró su voluntad de impulsar un “programa de desarrollo” destinado a promover la producción económica y la creciente aplicación del conocimiento científico-técnico occidental en beneficio de las sociedades pobres cuya vida económica calificó de “primitiva” y “estancada” (Escobar, 2007). En el segundo, se debe atribuir esa condición al libro “Difusión de innovaciones” que el experto estadounidense Everett Rogers publicó en 1962 dando inicio a la versión clásica de la comunicación para el desarrollo.

Se trata, sin duda, de dos hechos claves por los cuales quedó formalizado un modelo civilizatorio que se asienta en el poder del capital, la ciencia y la tecnología, un esquema de interpretación unilineal y progresiva de la historia y un patrón de uso de los procesos y recursos comunicacionales destinado a inducir y sostener efectos de modernización.

Durante todo el tiempo transcurrido, desde aquellos dos momentos inaugurales, ha venido reproduciéndose y afirmándose la convicción de que existen unas naciones avanzadas, que constituyen el ejemplo paradigmático que deben seguir las que, en esa misma lógica, son más bien atrasadas, a la vez que ha sido reiteradamente ratificado el papel instrumental asignado a la comunicación.

Las denominaciones acuñadas por el lenguaje oficial para dar cuenta de esa relación de desigualdad entre sociedades se remontan a la que comenzó a usarse en el siglo XVIII con la contradicción entre “civilización” y “barbarie”, siendo esta última condición la que pronto fue atribuida al denominado “nuevo mundo” como rasgo principal para su caracterización, la cual fue además reproducida y alentada localmente por alguna intelectualidad latinoamericana decimonónica. Desde mediados del siglo XX, esa terminología fue diversificada y se comenzó a hablar de “países subdesarrollados”, “países en vías de desarrollo”, “países pobres”, “países del tercer mundo”, “países de la periferia”, “países emergentes” o “países del sur” (Toussaint, 2007), pero siempre en el sentido de marcar las jerarquías internacionales, definidas a partir de la autoridad clasificatoria del “mundo occidental”, así como de señalar un rumbo progresivo de la historia en función del arquetipo de los países del norte.

Sin que al final de cuentas interesara si las directrices para estimular el desarrollo y para alcanzarlo provenían de la derecha o la izquierda políticas, lo más relevante de esta dinámica resultó que, aunque con matices, se pensaba en ambos polos en un camino común signado por la industrialización, el incremento de la producción, la urbanización acelerada, el aumento del consumo y la democratización en las formas.

El nacimiento del desarrollo y “su” comunicación

De ese modo, la entrada de la cuestión del desarrollo en la escena pública no sólo condicionó la planificación y la gestión estatal, sino también la naturaleza y las finalidades del análisis social. Pero, además, supuso una suerte de *aggiornamento* del horizonte ideológico, en el que se habían sustentado las relaciones imperial-coloniales desde que fue constituido el ya mencionado “nuevo mundo”, entre finales del siglo XV y principios del XVI.

Como consecuencia de ello, y sin que hubiera el margen suficiente para discutir si esto era o no pertinente, la modernidad recibió un significativo impulso que prolongó la condición de brújula de la historia que tenía asignada por el pensamiento eurocéntrico de tiempos de la Ilustración.

Así, el concepto de desarrollo alcanzó al menos una triple funcionalidad: a) revitalizó el ansia por lo moderno, b) regeneró el sentido de la utopía, tomando como base para ello las potencialidades de un presuntamente infinito avance científico-técnico y c) proporcionó un nuevo parámetro (desarrollo-subdesarrollo) para la clasificación entre sociedades al igual que para la de los sectores sociales en el interior de cada una de ellas.

Lo que se puede considerar el “matrimonio” ideológico-político entre modernización y difusión de innovaciones fue la fórmula conceptual y práctica que sintetizó las expectativas alentadas por el desarrollo. La primera, entendida como la ruta necesaria para conseguir la modernidad, y la segunda, vista más concretamente como proceso de traslación de los valores, tecnologías y hábitos de una sociedad autodefinida como superior hacia otra considerada rezagada, se conjuncionaron en un campo discursivo y de intervención que se tradujo en toda una mentalidad-guía, para encauzar la vida de las naciones y para la cooperación internacional, que emergió tras la segunda gran guerra. En tal diseño, los países “atrasados”, casualmente situados en el sur del planeta, estaban obligados a aspirar a ser como los del norte, los “desarrollados”, y a adoptar las medidas requeridas para lograrlo, entre las cuales se contaba la remoción de los “obstáculos” sociales, políticos, culturales e institucionales que contenían sus estructuras societales. (Sonntag, 1989; Roitman, 2008).

Y, precisamente, para contribuir a superar esas barreras internas, los teóricos del desarrollo y la modernización encontraron en la comunicación, primero en la masiva y mucho más tarde en la interpersonal también, una aliada fundamental. Fue de ahí que el difusionismo empezó a impregnar, desde 1962, las estrategias y acciones de “comunicación para el desarrollo” (Arroyave, 2007).

Y todo comenzó con la Cepal

En el caso latinoamericano, como una reacción temprana ante la predominancia de la teoría del desarrollo y de la sociología de la modernización, fue la Comisión Económica para América Latina, Cepal, que al

terminar el decenio de 1940 se pronunció con un análisis que incorporaba variables externas, para dar cuenta del estado de rezago económico-social de la región, a la par que hizo una propuesta conocida como el “desarrollo hacia adentro”.

De lo que se trataba, por una parte, era del reconocimiento de que la falta de desarrollo en Latinoamérica no se debía apenas a circunstancias o características regionales internas, sino ante todo a la desigualdad existente en los términos del intercambio comercial de la región con las potencias externas (las relaciones centro-periferia). Esas condiciones, según la perspectiva cepalina, reducían a América Latina a ser una zona productora y exportadora de materias primas sin valor agregado, lo que le llevaba a tener que importar bienes extranjeros de alto costo, con los recursos que podían haber alimentado su ahorro interno (esto era lo que se denominó “desarrollo hacia fuera”).

Y, de otra parte, en lo estratégico, el cepalismo sostenía que, aparte de seguir exportando materias básicas, la región latinoamericana necesitaba formar una gran acumulación de capital y acudir asimismo a la inversión extranjera para impulsar una industrialización que permitiera sustituir las importaciones y que fuese coordinada entre los países del área, a fin de evitar la duplicación de esfuerzos y la disminución de la eficiencia en la producción (Prebisch, 1994)

Desarrollo con independencia

Más tarde, a mediados de los años 60 del siglo pasado, emergió en América Latina una concepción crítica que cambió notablemente el enfoque de los problemas: fue la teoría de la dependencia, para la cual el subdesarrollo era la resultante del proceso de desarrollo histórico del sistema capitalista, lo que demostraba –en otro tipo de explicación– que el diagnóstico cepalino pecaba de insuficiencia por no contemplar esa causalidad histórica.

En ese sentido, los dependentistas afirmaban que las anteriores interpretaciones de la situación latinoamericana no habían considerado las condiciones en que la región fue incorporada al mercado mundial, razón por la que habían quedado fuera del análisis aspectos tan relevantes como los intereses de clase y las estrategias de dominación político-económica, a lo que agregaban la constatación empírica de que el optimismo

de la industrialización sustitutiva no había podido hacerse realidad, ni siquiera en los países que parecían estar mejor dotados para ello.

Consiguientemente, según este punto de vista, el camino hacia el desarrollo autónomo—esto es, al margen de lo que podría indicar una pretendida teoría general del desarrollo—debía suponer primero la ruptura del estado de dependencia en que estaba sumida Latinoamérica respecto de las potencias capitalistas, para lo cual fueron planteadas dos vías: la de la reforma en democracia y la de la revolución socialista (Cardoso y Faletto, 1988; Marini y Millán, 1994).

Esta visión, en lo que concierne a la comunicación, tuvo una particular importancia, porque estimuló el cuestionamiento del modelo unilineal de efectos heredado de Harold Lasswell y adaptado a la “comunicación para el desarrollo”, tanto por Everett Rogers como por Wilbur Schramm, al igual que fomentó las demandas de participación social en el diseño y la ejecución de proyectos, programas y políticas de desarrollo.

La crítica comunicacional latinoamericana

Las décadas de 1960 y 1970, que bien pueden ser nombradas como las “décadas rebeldes”, estuvieron cargadas de una atmósfera no sólo contraria a la dependencia sino explícitamente antiimperialista. A ello, en primera línea, contribuyó la revolución cubana de 1959 y la reacción conservadora estadounidense contra ella que, al final, provocó que el original ideario nacionalista de Fidel Castro y sus hombres de la Sierra Maestra deviniera socialista y diera lugar a múltiples emulaciones guerrilleras en los cuatro puntos cardinales de América Latina.

La respuesta de la “Doctrina de la Seguridad Nacional” elaborada por el Pentágono, que terminó imponiendo gobiernos militares de derecha en buena parte de los países del área, incrementó la polarización que expresaba, en lo local, la tensión de la “Guerra Fría” entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica.

Ese lapso en que, por ejemplo, se vivió de manera destacada la experiencia guerrillera de Ernesto “Che” Guevara en Bolivia y la del primer gobierno socialista electo democráticamente, el de Salvador Allende en Chile, así como la captura y asesinato del primero y el derrocamiento y muerte del segundo, fue propicio en grado sumo para la intelec-

tualidad latinoamericana de izquierda que fue muy prolífica, inclusive en el exilio intrarregional o europeo.

En esos años, las críticas comunicacionales al modelo de difusión, al régimen mercantil y oligopólico de los medios masivos privados y de las agencias transnacionales de noticias, al carácter de los sistemas nacionales de comunicación subordinados a capitales y patrones de cultura extranjeros, a los desequilibrios anti-democráticos del orden internacional de la información y la comunicación y a la propia forma de concebir y estudiar la comunicación, se multiplicaron en Latinoamérica y originaron una vasta producción de ideas y propuestas que abonaron, en escala macro, los planteamientos del Movimiento de Países No Alineados sobre la materia que para el trienio 1978-1980 irían a desembocar en la frustrada posibilidad de establecer un Nuevo Orden Informativo Internacional, vislumbrado con esperanza en 1976.

La subversión no alineada al respecto conquistó la mayoría de votos en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco, que tuvo que aprobar el informe “Un solo mundo, voces múltiples” (MacBride, 1980), con recomendaciones para equilibrar los flujos internacionales de la comunicación, apoyar el auto-desarrollo, plantear políticas comunicacionales y buscar la creación de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación. No obstante, más pronto que tarde las grandes potencias del capitalismo cobrarían la factura por tal osadía y dejarían a la Unesco sin recursos ni competencias para afrontar aquellos desafíos, a la vez que intervinieron en la reorientación del discurso institucional hacia la recuperación de la defensa del “libre flujo de la información”, en reemplazo de la promoción del “libre y equilibrado flujo” que estimulaban los No Alineados.

En Latinoamérica, mientras tanto, las denuncias de la dominación externa e interna, las críticas a los modelos teórico-prácticos foráneos y el cultivo de las prácticas de comunicación alternativa y popular no se detuvieron.

En este contexto cabe remarcar, sólo a título de ilustración, las valiosas elaboraciones de Antonio Pasquali, Luis Ramiro Beltrán, Armand Mattelart y Antonio García. El primero (italo-venezolano), desbaratando los pies de barro de la comunicación comercial, pensada exclusivamente como transmisión y reclamando un aporte efectivo de la comunicación para el desarrollo nacional; el segundo (boliviano), develando los

condicionamientos epistemológico-políticos y las inadecuaciones de las teorías, los objetos y los métodos foráneos en la investigación comunicacional latinoamericana, proponiendo el establecimiento de políticas nacionales de comunicación para el desarrollo democrático e invocando el surgimiento de una “Comunicología de liberación”; el tercero (belga), denunciando las estructuras materiales e ideológicas de la dominación social, y el último (colombiano), convocando a la definición de los profesionales entre dos opciones claras: la comunicación para la dependencia o la comunicación para el desarrollo.

Esa intensa dinámica, que dejó su impronta no sólo en el campo político regional, sino igualmente en el intergubernamental, tuvo su corolario en la proposición de un “otro desarrollo” y, por ende, de modelos democráticos y dialógicos de comunicación para ese proceso (Beltrán, 1993).

Lejos de entender el desarrollo apenas como crecimiento económico, redistribución del ingreso y elevación del consumo, se pensaba en buscar la satisfacción efectiva y solidaria de las necesidades de la población mayoritaria excluida y en una gestión de los recursos que fuera respetuosa del medio ambiente. A su vez, las nociones de “comunicación horizontal”, “comunicación alternativa”, “comunicación popular” y “democratización de la comunicación” introdujeron una fuerte orientación crítica en las reflexiones, los debates y las prácticas comunicacionales de ese período.

Los ajustes intra-desarrollo

Si bien para el decenio de 1980 las promesas de la revolución socialista estaban siendo sustituidas por las de la democracia electoral, que paulatinamente se fue (re)constituyendo en la mayoría de los países de la región. Éstas pronto cayeron en los límites de los programas de ajuste estructural, que volvieron a hablar de desarrollo en los términos convencionales con el matiz de la “lucha contra la pobreza” y recuperaron, desde los modelos de los organismos multilaterales de cooperación y las organizaciones no gubernamentales, las formas difusionistas de la comunicación.

No obstante, todo lo acontecido durante las décadas de rebeldía dejó cuando menos tres grandes huellas en las discusiones sobre la “comunicación para el desarrollo”: 1. que debía integrarse las estrategias de

difusión (*top-down*) con las participativas (*bottom-up*); 2. que no sólo debieran ser objeto de intervención participativa los contenidos de los mensajes de la “comunicación para el desarrollo” sino los contenidos mismos del desarrollo que se quiere promover, y 3. que la comunicación debiera dejar de ser asumida como un “instrumento” del desarrollo para pasar a ser considerada uno de sus componentes (Servaes, 2009).

Pero hay, además, otros cuatro aspectos relevantes que se puede agregar con Silvio Waisbord a las modificaciones registradas en la idea tradicional de la “comunicación para el desarrollo”: 1) el reconocimiento de la centralidad de las relaciones de poder para toda consideración en esta temática; 2) la necesidad de contar con una “caja de herramientas” adecuada a cada contexto de intervención y distante de un “recetario” de naturaleza universal; 3) la necesidad de combinar actividades de comunicación interpersonal con otras multimediáticas en vez de privilegiar el supuesto poder mass-mediático, y 4) la incorporación de factores individuales y ambientales en el entendimiento de los procesos de comunicación dirigidos a promover el cambio del comportamiento (Waisbord, 2005).

Entonces, a pesar de que no se llegó a alterar sustancialmente el marco referencial general del desarrollo, sí fueron postulados varios ajustes y no sólo para los procesos de comunicación vinculados, sino para la propia idea de desarrollo, que pasó de ser un sinónimo simple de crecimiento económico a la noción más compleja de desarrollo humano (que plantea un bienestar con derechos) y poco después a la de desarrollo sostenible (que enfatiza en la participación política y la redistribución económica así como en una gestión de recursos que no comprometa el bienestar de las futuras generaciones).

En esa línea, por ejemplo, Sen (2000: 55) contribuyó a renovar las discusiones conceptuales, afirmando que el desarrollo debía ser entendido como “un proceso de expansión de las libertades reales de que disfrutaban los individuos”, enfoque en el que los individuos han de verse como seres que participan activamente—si se les da la oportunidad— en la configuración de su propio destino, y no como meros receptores pasivos de los frutos de ingeniosos programas de desarrollo.

Así, los viejos modos de definir el desarrollo incorporaron paulatinamente algunos elementos destinados a revalorizar al ser humano y a la naturaleza y a plantear una relación no instrumental ni nada más económica entre ambos. Sin embargo, tal como se puede advertir en la “Decla-

ración del milenio” suscrita por los países miembros de la Organización de las Naciones Unidas en 2000, no sólo que en el fondo persiste la acepción inicial del vocablo desarrollo a la que se identifica además con “erradicación de la pobreza” (o sea, en sentido inverso, con generación de riqueza) sino que se mantienen las categorías clasificatorias de “países en desarrollo”, “países pobres” y “países menos adelantados”¹. Y, lo que es más relevante aún, el desarrollo continúa –por tanto– como la dirección universal necesaria hacia la cual deben encaminarse todos los pueblos del mundo.

El desarrollo y su doble constreñimiento

Como se vio en lo expuesto hasta ahora, el desarrollo puede ser reconocido como una construcción ideológica, que ha permitido garantizar el orden mundial en los marcos que fueron definidos tras la victoria estadounidense en la guerra contra Alemania y sus aliados en 1945, cuando fue configurado el actual sistema internacional de instituciones económicas y políticas que rige el planeta.

Pero eso no es todo, sino que el concepto de desarrollo aún en uso, al actualizar el de progreso que le antecedió en el siglo XIX, revitalizó el *espíritu de época* de la modernidad, que diseñó una teleología “occidental” para el género humano.

De esa forma, el desarrollo viene desempeñando el papel de un doble constreñimiento: de una parte funge como un operador epistemológico en lo histórico-social, es decir, como un mecanismo para el conocimiento pre-dirigido de la realidad social y, en consecuencia, para la definición de ciertas acciones de intervención en ella; de otra, define el horizonte de lo posible y lo deseable para la humanidad, en el sentido de un augurio cuya concreción ha estado escurriéndose entre los dedos de varias generaciones.

Respecto a las frustraciones acumuladas por este contenido utópico del desarrollo, De Souza (2011:4-5) afirma:

1 Cfr. <http://www.un.org/spanish/milenio/ares552.pdf>. Es en este documento que están planteados los “Objetivos de Desarrollo del Milenio” que idealmente deben ser alcanzados hasta el año 2015.

“Una promesa hecha hace más de cinco siglos, en nombre del “progreso”, y “reciclada” hace más de seis décadas, en nombre del “desarrollo”, no se ha cumplido. Los “primitivos” del colonialismo imperial no se transformaron en “civilizados”, ni los “subdesarrollados” del imperialismo sin colonias han recibido el diploma de “desarrollados”. La promesa hecha en nombre de los Objetivos de Desarrollo del Milenio tampoco será cumplida”.

Consiguientemente, cabe preguntarse si vale la pena insistir en una larga búsqueda que ha probado no tener final y cuya dinámica nada más ha llevado a una ratificación y hasta perfeccionamiento del *establishment* aun en los casos en que intensos discursos sobre el cambio social poblaron y pueblan el espacio público y el de los campos político y académico.

Emancipar la comunicación

La llamada “comunicación para el desarrollo”, en tanto objeto de preocupación teórica como de interés económico-político, no obstante las aportaciones críticas antes mencionadas y los aprendizajes logrados, también se halla atravesada por las limitaciones epistémicas y utópicas que trae aparejadas la noción de desarrollo.

En este caso, probablemente lo fundamental sea que la comunicación, por más ingredientes participativos que se le pretenda añadir o por más combinaciones que se vaya a hacer de tipos de medios, no ha conseguido dejar de ser un mero instrumento para la difusión/adopción de las innovaciones modernizadoras y, por ende, sus agentes no parecen haber terminado de hacerse conscientes de la inserción de sus ideas y prácticas en el finalismo del modelo “occidental”.

Esta situación impele a acometer acciones en dos planos: por un lado, trabajar por emancipar la comunicación de los confines pragmáticos en que se encuentra atrapada y, por otro, avanzar en análisis y propuestas desde la exterioridad del proyecto clasificatorio moderno resumido en la aserción “*The west and the rest*”. En otros términos, se trata de “des-occidentalizar” la historia para reapropiarse del presente y recomponer las imágenes y las probabilidades de futuro.

Basta de desarrollo

Por tanto, el desafío ya no está en intentar recorrer nuevas sendas dentro del mismo y transitado territorio, como lo fueron en su momento la aspiración hacia “otro desarrollo”, el “cambio social en lugar del comportamental” y la “comunicación alternativa para el desarrollo democrático”.

Lo que hoy se tiene enfrente es algo mucho más intrincado: se debe abandonar el *desarrollo* como episteme, utopía y campo semántico, lo que implica –en lo que interesa a los especialistas en comunicación– que ya no se requerirá una “comunicación para el desarrollo”, sino hará falta una *comunicación para salir del desarrollo*.

“Salir del desarrollo” quiere decir provocar una ruptura con los condicionamientos impuestos por el modelo civilizatorio instaurado por la modernidad, que la “posmodernidad” tampoco alcanzó a poner en cuestión, porque no era algo que estuviera en su naturaleza.

No obstante, debe quedar claro que todavía está todo por hacerse para que evidentemente se pueda “salir del desarrollo”.

Al presente, hay dos países en Latinoamérica –Ecuador y Bolivia– en que está siendo esbozada una posible vía para el efecto: en el primer caso se la conoce como el “Buen vivir” y en el segundo como el “Vivir bien”, planteos de presunto origen indígena orientados a promover una relación armónica entre seres humanos y entre éstos y la naturaleza, los cuales, pese a estar asumidos en estas naciones como principios de Estado, tienen pendiente la construcción de un horizonte teórico y de un nuevo paradigma civilizatorio que, además, sea traducible en políticas públicas coherentes, pluralistas y factibles (Farah y Vasapollo, 2011).

En cuanto a la comunicación que se precisa, cabe decir que es una comunicación que tiene que recuperar los fines del proceso comunicacional en lugar de privilegiar las finalidades de su uso. Así, es una comunicación para el descubrimiento de uno mismo y de los otros, para el reconocimiento recíproco, para el entendimiento entre diferentes, para la vida en comunidad, en democracia y con paz. En otras palabras, la que debe advenir es una comunicación humanizadora.

Basta, pues, de desarrollo; reencontremos la comunicación.

Referencias bibliográficas

- Arroyave, Jesús (2007). The emergence of diffusion theory in Latin America. A retrospect analysis, **Investigación y Desarrollo**. Barranquilla. Vol. 15, n° 2. p. 260-287.
- Beltrán, Luis Ramiro (1993). “Comunicación para el desarrollo en Latinoamérica: Una evaluación al cabo de cuarenta años”, discurso inaugural en la IV Mesa Redonda sobre Comunicación y Desarrollo. Lima. IPAL. 44 p.
- Cardoso, Fernando y Faletto, Enzo (1983). **Dependencia y desarrollo en América Latina**, México, Siglo XXI Edit. 23ª edic.
- De Souza, José (2011). “Hacia el ‘Día Después del Desarrollo’ . Descolonizar la comunicación y la educación para construir comunidades felices con modos de vida sostenibles”, documento preparado para la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica. Campina Grande. Febrero. 106 p.
- Escobar, Arturo (2007). **La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo**. Bogotá, Edit. Norma.
- Farah, Ivonne y Vasapollo, Luciano (Coordinadores, 2011). **Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?** La Paz. CIDES.
- Waisbord, Silvio (2005). “Five key ideas: coincidences and challenges in development communication”. En: Hemer, Oscar y Tufte, Thomas (Edits), **Medio & Glocal Change. Rethinking Communication for Development**, (p. 77-90), Buenos Aires. Clacso.
- MacBride, Sean (1980). **Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e Información en nuestro tiempo**. México, Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, Raúl (1994). “La industrialización de América Latina”. En: Marini, Ruy Mauro y Millán, Mária (Coomp), **La teoría social latinoamericana De los orígenes a la CEPAL. Tomo I**, (pp. 225-256), México, UNAM/CELA.
- Marini, Ruy y Millán, Mária (1994). **La Teoría Social Latinoamericana. Tomo II: La teoría de la dependencia**. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Roitman, Marcos (2008). **Pensar América Latina. El desarrollo de la sociología latinoamericana**, Buenos Aires, CLACSO.
- Sen, Amartya (2000). **Desarrollo y libertad**, México, Edit. Planeta, 1ª reimp.
- Servaes, Jan (2009). “Comunicación para el Desarrollo Humano y el Cambio Social. El papel de la Comunicación en la Incidencia Política para la Construcción de la Paz”, documento preparado para el II Congreso Internacional de Comunicación para la Paz. Bogotá. 42 p.

Sonntag, Heinz (1989). **¿Nuevos temas, nuevos contenidos? Las ciencias sociales de América Latina y el Caribe ante el nuevo siglo**, Caracas, Edit. Nueva Sociedad.

Toussaint, Eric (2007): **Banco Mundial. El golpe de Estado permanente**, La Paz, Capítulo Boliviano de Derechos Humanos.